



LA CREACIÓN ARTÍSTICA VISTA POR JOSÉ ANTONIO MARINA

José Antonio Marina (Toledo, 1939) es catedrático de filosofía, experto en el estudio de la inteligencia, la ética y los mecanismos de la creatividad artística. Con su primera obra, *Elogio y refutación del ingenio*, ganó el premio Anagrama y el Nacional de Ensayo en 1992. Después, escribió otras obras como: *Teoría de la inteligencia creadora*, *Ética para náufragos*, *Anatomía del miedo*, *La pasión del poder...* En *La inteligencia fracasada*, Barcelona, Anagrama, 2009, dice lo siguiente sobre la **creación artística**:

"El artista tiene de repente una ocurrencia. Valéry cuenta que en el caso de *El cementerio marino* fue «una figura rítmica vacía, o llena de sílabas vanas, que me obsesionó durante algún tiempo». «El buen Dios -la Musa- nos da gratuitamente el primer verso.» Aragón escribía sus novelas a partir de una frase que se le ocurría de manera imprevista e imprevisible. Lo cuenta en *Je n'ai jamais appris a écrire ou les incipit*. A García Márquez se le ocurre un día una frase: «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.» Años más tarde, recordaba: «Entonces pensé: ¿y ahora qué carajo sigue?» Lo que seguía fue *Cien años de soledad*. García Márquez da mucha importancia a la primera frase. «Puede ser el laboratorio para establecer muchos elementos del estilo, de la estructura y hasta de la longitud del libro.» Dostoievski cuenta cómo se le ocurrió a Raskolnikov, el protagonista de *Crimen y castigo*, la idea de cometer el asesinato, mientras estaba tomando té en un figón: «Una extraña idea le picoteaba el cerebro como hace el pollito con el cascarón.» Dostoievski acierta con la metáfora. Es siempre una sorpresa ver la cabeza de un pollito emergiendo del huevo. O sentir que una idea aparece en la conciencia.

Ante esas ocurrencias -que aparecen a miles- el yo ejecutivo adopta una rutina muy elemental. Las compara con su tabla de evaluación y, en consecuencia, las bloquea o les permite seguir adelante. Esto es lo que llamamos «decisión». Con frecuencia, la decisión no zanja el asunto, sino que debe prolongarse con un proyecto de acción: continuar la novela o cometer el asesinato. En este caso, la inteligencia computacional tendrá que seguir produciendo ocurrencias para alcanzar la meta. Unas serán buenas y otras malas. El yo ejecutivo se encargará de seleccionarlas. Ésta es su gran función. Dilthey escribió: «Cuando penetramos en la vida de un poeta vemos que hay un incesante formar y probar íntimos, de lo que muy poco llega a realización.»

Según T. S. Eliot, «probablemente la mayor parte del trabajo de un autor al componer su obra es la labor crítica, el trabajo de construir, omitir, corregir y probar». Valéry estaba de acuerdo: «Las tres cuartas partes de un trabajo bien hecho consisten en rechazar.» También Chaikovski atribuía la mayor importancia a la fase de evaluación, cuando «aquello que se ha escrito en un momento de ardor tiene que ser examinado críticamente, mejorado, extendido o condensado». En la ciencia ocurre algo semejante. Cordón Gould, inventor del láser, afirma que «hay que ser capaz de examinar críticamente aquello que se ha pensado y refinar las pocas cosas que funcionan. Hay que ser capaz de rechazar el 90 por ciento de las ideas que se nos ocurren, sin suprimir con ello el progreso de nuestra actividad mental». El gran matemático Henri Poincaré sentencia el tema: «Inventar consiste precisamente en no construir combinaciones inútiles, sino en construir sólo las que pueden ser útiles, que no son más que una ínfima minoría. Inventar es discernir, es elegir" (pp. 100-102).